

Resumen

En este artículo se analizan los argumentos de Markus Gabriel contra el naturalismo, sobre todo en sus obras *Yo no soy mi cerebro* y *Por qué el mundo no existe*. Dichos argumentos se basan en una ontología insuficientemente justificada (la tesis de que existir consiste en «aparecer en un campo de sentido»), y en una incompreensión de las verdaderas implicaciones del naturalismo (por ejemplo, de la idea de que los niveles superiores de complejidad son supervenientes a los niveles inferiores, y no un efecto de ellos), así como de una confusión entre las nociones de reducción ontológica y reducción teórica, cuya mutua relación lógica es más bien la contraria a la que asume Gabriel.

Palabras clave: naturalismo; pluralismo ontológico; campos de sentido; nuevo realismo; espíritu; libre albedrío; superveniencia.

Abstract

This paper analyses Markus Gabriel's arguments against naturalism, mainly in his books *I am not my brain* and *Why the world does not exist*. These arguments are based on an ontology not well justified (the claim that to exist is 'to exist within a field of sense'), and on a miscomprehension of the true consequences of naturalism (for example, the idea that higher levels of complexity are supervenient to the lower levels, and not an effect of them), as well as on the confusion between the ontological and theoretical reduction, whose mutual logical relation is the opposite Gabriel assumes.

Keywords: Naturalism; ontological pluralism; fields of sense; new realism; spirit; free will; supervenience.

* Este artículo se enmarca en los proyectos de investigación «Evidence and Mechanisms in the Social Sciences» (PID2021-125936NB-I00), «The nature and normativity of inquiry» (PID2021-123938NB-I00) y «Hacia una ontología social basada en los problemas» (PRX22/00154).

■ 1. Introducción

El filósofo Markus Gabriel es uno de los intelectuales germanos más populares de la actualidad, con muchas de sus obras traducidas a varios idiomas, entre ellos el español. Es también, junto con autores como el francés Quentin Meillassoux, el italiano Maurizio Ferraris o el norteamericano Graham Harman, uno de los principales representantes de lo que se ha llamado «nuevo realismo», «realismo especulativo», o «realismo continental», una corriente enmarcada en la filosofía continental, pero que, según sus defensores, está intentando superar el aparente sesgo relativista, anticientífico y un tanto oscurantista que a veces se asocia (no siempre con justicia) a dichas teorías, y entrar de este modo en un diálogo productivo con la otra gran rama de la filosofía contemporánea, la filosofía analítica, mucho más favorable a lo que podríamos denominar «la racionalidad ilustrada y científica».¹

Lo primero que hay que decir sobre Markus Gabriel es que su fama es bien merecida: el nivel de su erudición es enorme, abarca desde el idealismo alemán (Kant, Hegel, Schelling...) hasta la filosofía de la mente y del lenguaje contemporáneas, y se le ve igual de cómodo y de talentoso escribiendo sobre cualquiera de esos temas, tanto en inglés como en alemán, ya sea en profundas obras académicas para superespecialistas, o en libros y artículos de divulgación que cualquier persona no versada en

filosofía puede entender sin gran dificultad. Por muchas décadas se le agradecerá su enérgico proyecto de fusionar provincias filosóficas que llevaban más de un siglo sin dirigirse casi la palabra, y hacerlo con un formidable rigor y una tremenda originalidad. Pero, pese a esto, en mi opinión a Gabriel le falta todavía la chispa que le permitiría convertirse en una de las figuras imprescindibles de la historia del pensamiento en la primera parte del siglo XXI: pese a querer huir del extremo relativismo, e incluso del nihilismo, que había caracterizado a las últimas tendencias de la filosofía continental en el siglo pasado (ese «postmodernismo» que quiso mostrar la superficialidad y la endeblez de todos los aspectos de nuestra sociedad, ciencia y cultura), y pese a abrazar un «sano realismo» que defiende la objetividad del conocimiento científico, Gabriel no se ha librado del todo de uno de los peores prejuicios de gran parte de la tradición filosófica continental al menos desde Husserl y Heidegger en adelante: el de creer a pies juntillas en la existencia de un enemigo imaginario conocido como «cientificismo», «naturalismo» o «materialismo», tan supuestamente peligroso que la tarea más urgente y primordial de la filosofía no sería sino la de refutarlo del modo más contundente posible.

Es cierto, como veremos enseguida, que el naturalismo (la idea de que todo lo real, o por lo menos todo aquello con lo que podemos encontrarnos, está constituido en último término por la interacción de las partículas y fuerzas fundamentales de la naturaleza física) es una tesis que entraña algunas consecuencias verdaderamente inquietantes, capaces, si no de derribar por

¹ Para un resumen del «nuevo realismo» (que, como bien señala un evaluador de este artículo, está muy lejos de constituir una corriente unitaria), véase, p. ej., Maurizio Ferraris, *Manifiesto del nuevo realismo*.